

LA PUTA GUERRA



Yo siempre me negué a creerlo, pero estos ojos... ¡ay estos malditos ojos que no dejan de llorar...!

También yo pensé, como ellos, que esta era una guerra inevitable... incluso justa.

Iríamos a ella para defender nuestro territorio, nuestras creencias, y nuestra forma de vida... Y estaba orgullosa por verle a él luchar por algo en lo que creía.

Con tristeza nos despedimos en aquella vieja estación, rodeados de una multitud sin cara ni nombre, acompañados de humos y lágrimas, bajo un extraño cielo azul y emborrachándonos de llantos desesperados que salían de gargantas temerosas.

Nosotros no estábamos asustados. Si acaso tristes por no poder seguir practicando el nombre de lo nuestro. Pero solo serían unas semanas, unos meses... quizás un año.

Le quise allí tanto como nunca imaginé, y supe que siempre sería suya. De nadie más.

Y partió en ese tren. Muchas amigas, y la mayoría desconocidas, lloraban. Yo no.

Esa guerra era justa e inevitable. Había que enfrentarla y ganarla. Y él lo haría por los dos. Por eso le quería y le respetaba.

¿Sabes cuándo descubrí de lo injusto de esta guerra?

Cuando, un año después, llegué a la estación y me di cuenta que ninguno de los que bajaba del tren era él.

Y mañana, otra guerra. De todos los seres que hay en el mundo es el humano el ser que resulta más inhumano.